
LA CLASE OBRERA
EN LA HISTORIA DE MÉXICO

de adolfo ruiz cortines
a adolfo lópez mateos
(1952-1964)

josé luis reyna y raúl trejo delarbre



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

UN
AM

La colección comprende los siguientes títulos:

1. De la Colonia al Imperio, *por* Enrique Florescano, Isabel González Sánchez, Jorge González Angulo, Roberto Sandoval Zarauz, Cuauhtémoc Velasco A. y Alejandra Moreno Toscano / 2. Del Estado liberal a los inicios de la dictadura porfirista, *por* Juan Felipe Leal y José Woldenberg / 3. De la dictadura porfirista a los tiempos libertarios, *por* Ciro Cardoso, Francisco González Hermosillo y Salvador Hernández / 4. Trabajadores y sociedad en el siglo XX, *por* Sergio de la Peña / 5. En la Revolución (1910-1917), *por* José María Calderón / 6. En el primer gobierno constitucional (1917-1920), *por* Pablo González Casanova / 7. En el interinato de Adolfo de la Huerta y el gobierno de Álvaro Obregón (1920-1924), *por* Ricardo Pozas H. / 8. En la presidencia de Plutarco Elías Calles (1924-1928), *por* José Rivera Castro / 9. En una época de crisis (1928-1934), *por* Arnaldo Córdova / 10. En el cardenismo (1934-1940), *por* Samuel León e Ignacio Marván. / 11. Del avilacamachismo al alemanismo (1940-1952), *por* Aurora Loyo y Jorge Basurto / 12. De Adolfo Ruiz Cortines a Adolfo López Mateos (1952-1964), *por* José Luis Reyna y Raúl Trejo Delarbre / 13. En el sexenio de Tlatelolco (1964-1970), *por* Octavio Rodríguez Araujo / 14. En los años setenta, *por* Jorge Basurto / 15. El futuro inmediato, *por* Manuel Camacho / 16. Al norte del río Bravo (pasado lejano) (1600-1930), *por* Juan Gómez Quiñones y David Maciel / 17. Al norte del río Bravo (pasado inmediato) (1930-1981), *por* David Maciel.

Coordinador: Pablo González Casanova

Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM

LA CLASE OBRERA EN LA HISTORIA DE MÉXICO

de adolfo ruiz cortines
a
adolfo lópez mateos
(1952-1964)

josé luis reyna y raúl trejo delarbre





siglo veintiuno editores, sa

CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa

C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda

AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO. BOGOTÁ, D.E. COLOMBIA

edición al cuidado de carmen valcarce
portada de maría óscos

primera edición, 1981

©siglo xxi editores, s.a.

ISBN 968-23-100-4 (obra completa)

ISBN 968-23-1090-3 (tomo 12)

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en México/printed and made in Mexico

ÍNDICE

I. EL MOVIMIENTO OBRERO EN EL RUIZCORTINISMO: LA REDEFINICIÓN DEL SISTEMA ECONÓMICO Y LA CONSOLIDACIÓN POLÍTICA, *por* JOSÉ LUIS REYNA

7

i. Introducción, 7; ii. Antecedentes del período: “despegue” económico y retroceso obrero, 8; iii. Antecedentes políticos: los últimos intentos de mantener viva la “revolución”, 22; iv. El henriquismo: el último desprendimiento del partido oficial, 34; v. Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) inicia su mandato, 40; vi. El segundo “despegue” económico, 42; vii. La burocracia sindical, el movimiento obrero y el proyecto económico, 49; viii. Los nuevos rasgos del proyecto económico, 64; ix. Algunos aspectos del movimiento obrero organizado durante el período, 70; x. La crisis de 1958: el movimiento ferrocarrilero, 79; xi. Una nota final, 87

2. LOS TRABAJADORES Y EL GOBIERNO DE ADOLFO LÓPEZ MATEOS (1958-1964), *por* RAÚL TREJO DELARBRE

91

i. Introducción, 91; ii. Ferrocarrileros: disidencia aplastada, 106; iii. Telefonistas: avance democrático, 126; iv. Nacionalización de la industria eléctrica, 133; v. Diversos frentes, preocupaciones similares, 139; vi. Reconstitución del movimiento obrero. La CNT, 152; vii. 1961-1962: insurgencia contenida, 161; viii. Reformas al artículo 123, 174; ix. Elecciones presidenciales. Nuevos sectores sindicales, nuevas perspectivas, 180

I. EL MOVIMIENTO OBRERO EN EL RUIZCORTINISMO: LA REDEFINICIÓN DEL SISTEMA ECONÓMICO Y LA CONSOLIDACIÓN POLÍTICA

JOSÉ LUIS REYNA *

I. INTRODUCCIÓN

El período presidencial de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) se encuentra sumamente descuidado por el análisis a pesar de tratarse de una época inmediata que resulta crucial para entender muchos de los problemas y procesos actuales. Es en este lapso histórico donde, como se verá más adelante, la industrialización del país empieza a redefinirse, al pasar de una actividad en la que el capital externo adquiriría una importancia mayor en el dinamismo económico y en particular en el sector manufacturero. Es en este período también cuando se observa un afianzamiento de las organizaciones sindicales adscritas al Estado. Este afianzamiento está muy relacionado con el desarrollo de una burocracia sindical, la que permitirá al Estado, por un lado, redefinir el proyecto capitalista y por el otro asegurar —o cuando menos contribuir en— la estabilidad política del sis-

* Agradezco los valiosos comentarios de Samuel León, Aurora Loyo, Ignacio Marván y Ricardo Pozas a una versión previa del trabajo. Ellos me indicaron muchas lagunas y deficiencias que, en alguna medida, he tratado de superar. También, me pusieron en contacto con documentos importantes que han sido de gran utilidad para la presente redacción. No obstante, la responsabilidad final de la investigación es mía.

tema a través de mecanismos efectivos de regulación del conflicto.

Los análisis correspondientes a este período de la historia de México son escasos por lo que las interpretaciones que se ofrecen tienen tan sólo un carácter tentativo. La reconstrucción de este período no es tarea sencilla. No obstante, pueden detectarse algunas tendencias que caracterizan, de manera general, la época que nos ocupa.

Hay que señalar, desde ahora, que el trabajo no hace un análisis de clase. Aborda más bien ciertas expresiones del movimiento obrero organizado en su relación con los procesos políticos y económicos. A partir de esto es esperable iniciar trabajos más sistemáticos que nos acerquen a la problemática de la clase.

II. ANTECEDENTES DEL PERÍODO: "DESPEGUE" ECONÓMICO Y RETROCESO OBRERO

México entra en la década de los cincuenta siendo todavía un país en el que más de la mitad de su fuerza de trabajo se dedica a las actividades primarias a pesar del desarrollo notable que el sector manufacturero experimentó en la década anterior.

El inicio del proceso de industrialización en México tiene un carácter más bien circunstancial. La situación económica internacional que se presentó junto con la segunda guerra mundial, estimuló, en medida significativa, un proceso rápido de sustitución de importaciones que incidió directamente en la activación del sector manufacturero nacional.

Conviene anotar que dicha activación se financió básicamente con recursos internos y aprovechando la capacidad industrial instalada antes de los años cuarenta. Se trató, no obstante, de productos ligados

a la industria ligera y tradicional lo que, de cualquier forma, no disminuyó la importancia del proceso.¹ En pocas palabras, durante la época de guerra ocurrió un cambio global de gran magnitud que se relaciona estrechamente con el crecimiento rápido que experimenta la economía. Así, la guerra expandió, de manera muy significativa, la demanda foránea de productos mexicanos. Entre 1939 y 1945 las exportaciones nacionales se duplicaron. La industria textil, por ejemplo, llegó a representar en el último año mencionado una quinta parte del total exportado, en comparación con 1939 cuando su monto era sólo del 1%.²

En verdad, es impresionante el dinamismo económico experimentado durante la primera mitad de los años cuarenta; según algunas estimaciones el producto interno bruto se expandió, durante ese lapso, a una tasa anual de 7.3% en tanto que el producto industrial creció a un vigoroso ritmo de 10.3% anual. Con base en lo anterior, un autor concluyó que durante el período de guerra el país experimentó el crecimiento económico más importante que jamás hubiera tenido, considerando cualquier otro período de cinco años.³ En alguna forma, la guerra le daba al país la oportunidad de medir su potencialidad industrializadora.

A partir de la segunda guerra mundial es cuando puede hablarse de la existencia de un verdadero proceso de industrialización nacional. La situación internacional provocada por el conflicto propició la

¹ Consúltese el libro de Raúl Ortiz Mena, Víctor Urquidí, Albert Waterson y Jonas Haralz, *El desarrollo económico de México y su capacidad para absorber capital del exterior*, México, Nacional Financiera, 1953.

² Véase Raymond Vernon, *El dilema del desarrollo económico de México*, México, Diana, 1966, p. 112.

³ Cf. Timothy King, *México: industrialization and trade policies since 1940*, Oxford, Oxford University Press, 1970, p. 22.

acumulación de una gran cantidad de divisas por la expansión de los mercados hacia donde se dirigían las exportaciones nacionales. Por esta razón, se gestó una situación muy favorable para la industria nacional, la que contó con un mercado altamente protegido por disposición del Estado, y en el que las utilidades se incrementaban con gran rapidez.⁴

A pesar de la importancia que adquirió el sector manufacturero, en tan poco tiempo, ello no evitó que algunos analistas sostuvieran que la industrialización del país perdería vigor cuando el conflicto bélico llegara a su fin.⁵ Se argumentaba, no sin razón, que las condiciones externas tan favorables —una demanda alta y sostenida de cualquier producto industrial— tenderían a desaparecer en la medida en que la economía norteamericana retornara a la “normalidad”; en otras palabras, el fin de la guerra representaba la conclusión de una industrialización coyuntural.

No obstante, una de las metas gubernamentales más importantes que se pone en marcha durante la

⁴ Véase Saúl Trejo, *Industrialización y empleo en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 22.

⁵ Un análisis del desarrollo mexicano —Frank Tannenbaum— inmediatamente después de concluida la segunda guerra mundial era particularmente pesimista acerca del futuro próximo del país. Argumentaba que la industrialización, dadas las circunstancias en que había ocurrido, se convertiría en un proyecto que traería más dificultades que beneficios. En una palabra, pensaba que no había las condiciones necesarias para que pudiera cuajar un verdadero proyecto industrializador. Al respecto puede consultarse su libro *Mexico, the struggle for peace and bread*, Nueva York, A. Knopf, 1951, especialmente los capítulos 11-13. Sanford Mosk argumentó más o menos lo mismo. Preveía que el ritmo de industrialización que había experimentado el país sufriría una desaceleración importante y que esta situación no sólo era inevitable sino deseable. Véase su interesante trabajo *Industrial revolution in Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1950. En particular las pp. 304-311.

segunda mitad de los cuarenta fue la de industrializar al país. Para ello, y sin responder a una estrategia definida basada en algún plan, se establecieron una serie de medidas por parte del gobierno cuya finalidad era promover la meta mencionada. Se intentaba prolongar el dinamismo generado por la guerra a pesar de que las nuevas condiciones no lo aseguraban con plenitud. Esas medidas crearon un mercado interno muy protegido. Como ilustración de lo anterior, baste mencionar la Ley de industrias nuevas y necesarias que se establece en 1945, la cual garantizaba amplias exenciones fiscales por períodos de tiempo variables (entre 5 y 10 años con posibilidad de prórrogas hasta por otros cinco años). O bien la llamada Regla xiv que estipulaba la eliminación de los impuestos de importación para todo tipo de maquinaria y equipo que “fomentara el desarrollo industrial del país”.⁶ Se trataba de medidas que, sin duda, fomentaban la industrialización aunque con un gran costo social: la concentración del ingreso.

Vale la pena mencionar que el proteccionismo industrial estuvo presente también, como política económica, durante los años de guerra. Lo que interesa destacar es que a partir del fin de ésta, ese proteccionismo se incrementa de manera notable.

Puede decirse, sin riesgo, que uno de los ejes en que descansa la política tendiente a fomentar la industrialización fue el éxito conseguido en el campo. El sector agrícola creció con inusitada rapidez a partir de 1945, en particular aquellas regiones cuya producción se destinaba al mercado externo, contrastando con el errático crecimiento agrícola que se experimentó durante los años de guerra. Cuantiosas inversiones de infraestructura (presas y caminos) así como facilidades diversas para la modernización de

⁶ René Villarreal, *El desequilibrio externo en la industrialización de México (1929-1975). Un enfoque estructuralista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, pp. 65-66.

la producción en el agro fueron elementos sobresalientes para entender los logros industriales durante el régimen de Miguel Alemán. En breve, la agricultura de exportación —en particular productos como el algodón y el café— proporcionó las divisas que la estrategia industrializadora exigía.

Obvio es decir que la agricultura ejidal, predominantemente de temporal, no contó con el mismo estímulo que la agricultura privada, marcándose así una gran diferencia entre ellas, la que tiende a persistir en la actualidad. No puede disminuirse, sin embargo, la importante aportación de la agricultura privada al proceso de industrialización al abaratar, de manera notable, los productos agrícolas para el mercado interno. El sector urbano encontró con ello uno de sus mejores “subsidios”.

A pesar de los grandes esfuerzos en pos de la industrialización, el ritmo de crecimiento del sector manufacturero durante el quinquenio 1945-1950 disminuyó un poco en comparación con el período anterior de cinco años, al llegar a un promedio anual de 5.9%. Un aspecto problemático de la situación era que las industrias que habían adquirido un gran dinamismo durante los años de guerra empezaban a perder sus mercados externos. Ello llevó al gobierno mexicano a promover, como se anotaba, un grado muy alto de proteccionismo a la industria además de intentar crear las condiciones óptimas para que el sector privado tuviera confianza en el proyecto de industrialización y diera por resultado una elevación de su inversión. La segunda mitad de los cuarenta, en consecuencia, presencia la importancia creciente del inversionista extranjero en particular el proveniente de los Estados Unidos.

Si bien esto garantizaba, en alguna medida, la dinamicidad del mercado interno implicaba, también, un nivel mayor de competencia. Los industriales nacionales no sólo tenían que resolver el problema del

estrechamiento de los mercados externos sino también tenían que enfrentar el problema de la competencia al nivel del mercado interno.

No obstante, el espacio económico era amplio por lo que la presencia del “nuevo inversionista” cuya intención, a diferencia del pasado, era establecerse en el país, no significó una pérdida importante en las utilidades del empresariado nacional. Éstas continuaron aumentando aun cuando la tasa de crecimiento económico había disminuido en algo. El punto a destacar es que el mercado interno tal vez empezaba a compartirse. El problema más grave por el que pasaba la economía mexicana era el déficit creciente de la balanza de pagos. Las divisas traídas por la guerra se evaporaron con rapidez al rebasar las importaciones, de manera significativa, a las exportaciones.

Esta situación se debía, en gran medida, al hecho de que las importaciones estaban compuestas, en su mayoría, por artículos de lujo. La liquidez monetaria, que había dejado la guerra en manos de inversionistas enriquecidos, y la escasez de productos en el mercado interno, los que se conseguían con facilidad en el exterior, tuvieron mucho que ver en el rápido deterioro de la balanza de pagos.

A pesar de estos problemas, no existe la menor duda de que, durante los años cuarenta, la economía mexicana sufre una transformación radical sobre todo en términos de su ensanchamiento industrial. Si a ello se une el crecimiento significativo experimentado por el sector servicios, en íntima relación con la actividad industrializadora, podría decirse que en esta época la economía se empieza a perfilar hacia un ámbito más urbano que rural, aun cuando la población económicamente activa dedicada a las actividades primarias seguía siendo numéricamente predominante.

No es descabellado afirmar que junto con —o como consecuencia de— el proceso de industrialización iní-

ciado con la guerra surge y se perfila con mayor nitidez una burguesía industrial y financiera cuyos rasgos no se hallaban del todo definidos antes del inicio de ese proceso. Cabe subrayar también la importancia que adquirió el sector comercio y con ello una fracción burguesa que con el tiempo también adquiriría gran importancia. La perspectiva económica era tan halagüeña durante esta época que los inversionistas privados nacionales, que se habían multiplicado y fortalecido con la guerra, empezaron a diversificar parte de su capital hacia la empresa agrícola moderna fundamentalmente de exportación.⁷ Éste es el contexto en el que se entienden las modificaciones constitucionales, en favor de la propiedad privada, emprendidas durante la administración de Alemán, que estimulaban la inversión privada en el campo en detrimento de las reformas sociales en las que, todavía en esa época, la "herencia revolucionaria" aún insistía.

Ahora bien, si la industrialización de los cuarenta engendra una burguesía más claramente definida y articulada, la misma afirmación es válida respecto a la clase obrera. Ésta empieza a mostrar con mayor claridad sus rasgos como clase y, sobre todo, como un proletariado industrial.

En muchos sentidos, tanto la burguesía industrial, comercial y financiera como la clase obrera son frutos directos del proceso de sustitución de importaciones que se experimenta a partir de 1940. Dicho proceso las reunió para, al mismo tiempo, diferenciarlas. Aquélla inicia su ascenso económico y político, sostenido hasta la actualidad, en tanto que la otra, empieza a perder terreno, económico y político. En cuanto a lo primero su expresión más notoria es un marcado descenso salarial. En lo segundo, se perdió la posibilidad de estructurar un proyecto político de

⁷ R. Vernon, *op. cit.*, p. 120.

clase que, durante los años treinta, tuvo cierta factibilidad.⁸

Con relación al aspecto salarial, la evidencia disponible indica que los enormes beneficios que trajó consigo la expansión económica durante los años de guerra se distribuyeron de manera muy desigual, iniciándose con ello —y reforzándose con el tiempo— la tendencia franca de concentración de ingresos que hasta el día de hoy, tiende a prevalecer.

Así, el poder adquisitivo de los salarios reales sufrió mermas importantes, ocasionadas por una política salarial sumamente restringida y, no menos importante, por un proceso inflacionario muy acentuado. El "despegue" hacia la industrialización se relaciona de manera clara con una elevación sustantiva del costo de vida, el que se adelanta notablemente al ritmo de crecimiento de los salarios. Una de las pocas estimaciones existentes al respecto señala que, entre 1939 y 1949, los salarios nominales en 24 industrias nacionales subieron 160% en tanto que el índice del costo de vida en la ciudad de México subió alrededor del 225%.⁹ Aunque los datos no son del todo confiables, muestran que los períodos de guerra y de posguerra fueron una experiencia dura para los sectores asalariados.

Durante el período de guerra, tan sólo, la eleva-

⁸ Samuel León, "La burocracia sindical mexicana", en *Trimestre Político*, núm. 4, 1976, pp. 48-59. Durante la administración del presidente Cárdenas se concibió que era crucial contar con una organización laboral unificada para compensar cualquier embate conservador y afianzar con ello el régimen presidencialista y el sistema político mismo. La fuerza política que el sector obrero organizado adquiere, como consecuencia de este proyecto, hizo vislumbrar una posibilidad de proyecto propio de la clase.

⁹ Juan Noyola y D. G. López, "Los salarios reales en México: 1939-1950", en *Trimestre Económico*, abril-junio de 1961, pp. 201-209.

ciado con la guerra surge y se perfila con mayor nitidez una burguesía industrial y financiera cuyos rasgos no se hallaban del todo definidos antes del inicio de ese proceso. Cabe subrayar también la importancia que adquirió el sector comercio y con ello una fracción burguesa que con el tiempo también adquiriría gran importancia. La perspectiva económica era tan halagüeña durante esta época que los inversionistas privados nacionales, que se habían multiplicado y fortalecido con la guerra, empezaron a diversificar parte de su capital hacia la empresa agrícola moderna fundamentalmente de exportación.⁷ Éste es el contexto en el que se entienden las modificaciones constitucionales, en favor de la propiedad privada, emprendidas durante la administración de Alemán, que estimulaban la inversión privada en el campo en detrimento de las reformas sociales en las que, todavía en esa época, la "herencia revolucionaria" aún insistía.

Ahora bien, si la industrialización de los cuarenta engendra una burguesía más claramente definida y articulada, la misma afirmación es válida respecto a la clase obrera. Ésta empieza a mostrar con mayor claridad sus rasgos como clase y, sobre todo, como un proletariado industrial.

En muchos sentidos, tanto la burguesía industrial, comercial y financiera como la clase obrera son frutos directos del proceso de sustitución de importaciones que se experimenta a partir de 1940. Dicho proceso las reunió para, al mismo tiempo, diferenciarlas. Aquella inicia su ascenso económico y político, sostenido hasta la actualidad, en tanto que la otra, empieza a perder terreno, económico y político. En cuanto a lo primero su expresión más notoria es un marcado descenso salarial. En lo segundo, se perdió la posibilidad de estructurar un proyecto político de

⁷ R. Vernon, *op. cit.*, p. 120.

clase que, durante los años treinta, tuvo cierta factibilidad.⁸

Con relación al aspecto salarial, la evidencia disponible indica que los enormes beneficios que trajo consigo la expansión económica durante los años de guerra se distribuyeron de manera muy desigual, iniciándose con ello —y reforzándose con el tiempo— la tendencia franca de concentración de ingresos que hasta el día de hoy, tiende a prevalecer.

Así, el poder adquisitivo de los salarios reales sufrió mermas importantes, ocasionadas por una política salarial sumamente restringida y, no menos importante, por un proceso inflacionario muy acentuado. El "despegue" hacia la industrialización se relaciona de manera clara con una elevación sustantiva del costo de vida, el que se adelanta notablemente al ritmo de crecimiento de los salarios. Una de las pocas estimaciones existentes al respecto señala que, entre 1939 y 1949, los salarios nominales en 24 industrias nacionales subieron 160% en tanto que el índice del costo de vida en la ciudad de México subió alrededor del 225%.⁹ Aunque los datos no son del todo confiables, muestran que los períodos de guerra y de posguerra fueron una experiencia dura para los sectores asalariados.

Durante el período de guerra, tan sólo, la eleva-

⁸ Samuel León, "La burocracia sindical mexicana", en *Trimestre Político*, núm. 4, 1976, pp. 48-59. Durante la administración del presidente Cárdenas se concibió que era crucial contar con una organización laboral unificada para compensar cualquier embate conservador y afianzar con ello el régimen presidencialista y el sistema político mismo. La fuerza política que el sector obrero organizado adquiere, como consecuencia de este proyecto, hizo vislumbrar una posibilidad de proyecto propio de la clase.

⁹ Juan Noyola y D. G. López, "Los salarios reales en México: 1939-1950", en *Trimestre Económico*, abril-junio de 1961, pp. 201-209.

ción de precios fue cercana al 100%¹⁰ o lo que es lo mismo una tasa inflacionaria promedio de 20% anual. No obstante, fueron los tres primeros años de la década de los cuarenta cuando el salario real obrero experimenta su descenso más brusco. Se ha estimado que entre 1939 y 1943 su disminución alcanza el 50%¹¹ lo que significó una caída de las condiciones de vida del sector obrero.

Así, la coyuntura internacional favorable representada por el conflicto bélico contribuyó, de manera significativa, a la primera fase de la industrialización nacional. Las condiciones en que ocurre ésta, a su vez, contribuyen al estancamiento y deterioro salariales, en las que tuvo mucho que ver la disponibilidad casi ilimitada de fuerza de trabajo que se dio en ese momento.

El deterioro generalizado de las condiciones del sector obrero se puede presentar, con mayor fuerza, cuando se considera su participación en el ingreso nacional. Así, entre 1939 y 1946, dicha participación decrece de 31% a 22%.¹² De lo anterior se desprende que en una época de gran dinamismo económico, la clase obrera organizada no participaba de los beneficios que éste generaba. En otros términos, la ganancia se impuso al salario. La concentración de la riqueza a su distribución más o menos equitativa.

Desde otro punto de vista, la expansión económica de los años cuarenta ensanchó notablemente el mercado de trabajo urbano. La tasa de creación de empleos durante los años cuarenta excedió a la tasa

¹⁰ R. Vernon, *op. cit.*, p. 115.

¹¹ T. King, *op. cit.*, capítulo 2. Sobre este punto conviene consultar también el trabajo de Jeff Bortz, "El salario obrero en el Distrito Federal: 1939-1975", en *Investigación Económica*, vol. xxxvi, núm. 4, octubre-diciembre de 1977. Bortz demuestra la misma tendencia de deterioro al considerar a la población obrera del Distrito Federal.

¹² S. Trejo, *op. cit.*, p. 25.

de crecimiento de la población. Si bien esta afirmación es correcta, al considerar a la economía en su conjunto, vale la pena destacar que el ritmo de crecimiento de la ciudad de México era mayor que el de cualquier otra región del país, tanto en el aspecto ocupacional como en el demográfico.¹³ La existencia de múltiples oportunidades de trabajo atrajo un fuerte influjo migratorio,¹⁴ el que ayuda a explicar esa rápida expansión, influjo que crecería aún más en las décadas siguientes. Hay que reconocer que la abundante migración campo-ciudad fue un importante elemento que deprimió, en buena medida, la elevación de las tasas reales de salario, en particular de la mano de obra con escasa calificación.

La tendencia decreciente del salario propende a aminorarse en la segunda mitad de los años cuarenta. Los salarios más que descender se estancaron, lo que significó, de cualquier forma, un nuevo retroceso debido al proceso inflacionario que seguía azotando al país después de la guerra. La espiral inflacionaria, sin embargo, acusa una disminución durante la segunda mitad de los cuarenta.

Un factor que interviene en este todavía continuo deterioro del salario fue la devaluación de 1948 cuando el precio nominal del dólar pasó de 4.85 a 8.65 pesos. Si bien el mecanismo devaluacionista funcionó en este momento como una medida proteccionista muy efectiva, al encarecer las importaciones y hacer relativamente más competitivas las exportaciones, la misma afectó el poder adquisitivo del salario ya que el reajuste de éste no fue en la misma

¹³ Además del libro de Saúl Trejo antes citado, consúltese el artículo de Simon Rottenberg, "México: trabajo y desarrollo económico", en *Foro Internacional*, vol. II, núm. 1, julio-septiembre de 1961, pp. 85-112.

¹⁴ Claudio Stern, *The growth of Mexico city. Varying sources of its migrant inflow: 1900-1970*, St. Louis Mo., Washington University, 1977 (tesis doctoral inédita).

proporción en la que se elevaron los precios de artículos de consumo básicos.

Si bien el dinamismo económico durante esta época descansó primordialmente en coyunturas internacionales favorables, cabe mencionar que el Estado trató de asegurar, por todos los medios, que se mantuviera. Así, para garantizar el orden requerido por el proyecto económico que se establecía y sobre todo que tuviera una probabilidad alta de éxito, se echó mano de medidas coercitivas algunas de las cuales fueron elevadas a rango de ley. Tal fue el caso de la Ley de disolución social. Promulgada en 1941, como una medida de seguridad en época de guerra, continuó vigente aún después de que ésta concluyera con el fin de prevenir o solucionar todo tipo de acción que pudiera alterar la política nacional y el orden social. Esa ley, modificada en algunos aspectos, se incluyó en la Ley federal del trabajo la que sancionaría con penas corporales (hasta de 2 años y multa) toda acción obrera que fuera "contra el orden".

No quiere esto decir que el proyecto de industrialización emprendido remplazara, con todo, la imagen que el Estado mexicano todavía quería proyectar: la de un Estado cuya base social y su origen político era popular y revolucionario.

Pero no hay duda que el énfasis estatal estaba definido por la prioridad económica del crecimiento, no por el de la redistribución de la riqueza. Aún así, durante el gobierno de Ávila Camacho no se descuidó la base en que se sustentaba ese aparato de Estado. En esta época difícil para una buena proporción de la clase trabajadora se crea al Instituto Mexicano del Seguro Social (1943) que empezaría a cubrir una serie de prestaciones básicas al trabajador y su familia. De esta manera, el Estado no sólo promovía el crecimiento a través de una serie de efectivas medidas de política económica sino también asumiendo responsabilidades que más bien hubieran

correspondido a la clase empresarial, la que, por cierto, se opuso violentamente a su creación. Durante el mandato de Ávila Camacho también se toma por primera vez en la historia presidencial mexicana, la decisión de acudir a los salarios de emergencia como un mecanismo que paliaría, hasta cierto punto, el fuerte desgaste experimentado por la clase asalariada en general y la obrera en particular. La decisión tomada indica, con claridad, que no había duda alguna respecto al fuerte rezago en el que estaba el salario en relación a los precios.

Si bien estas medidas fueron, en alguna forma, benéficas para dar un respiro a la clase obrera organizada, ellas no fueron suficientes para sacarla del "hoyo" en que la inflación y, paradójicamente, el crecimiento, la habían metido. Todavía a mediados de los años cuarenta se apeló a medidas ideológicas que tuvieron por resultado articular a la clase, de manera que no se perdiera uno de los sustentos del Estado. La referencia es al pacto obrero-industrial, un buen ejemplo de la ideología de unidad nacional que para ese entonces aún prevaecía, firmado por empresarios y organizaciones obreras el año 1945 pero promovido desde el gobierno. Los signatarios del pacto, entre los que se cuenta a pequeños y medianos industriales nacionalistas y a las principales confederaciones (entre las que destacaba la CTM, por supuesto) y sindicatos de industria, planteaban como objetivo central el impulsar un desarrollo autónomo basado en un nacionalismo económico.¹⁵ El sector obrero, al igual que en el pacto obrero de 1942, se compromete-

¹⁵ Con relación al proyecto ideológico conocido como Unidad Nacional, conviene revisar el artículo de Luis Medina, "Origen y circunstancia de la unidad nacional", en *La vida política en México*, México, El Colegio de México, 1973. Con relación al pacto obrero-industrial mencionado, véase el libro de Alfonso López Aparicio, *El movimiento obrero en México*, México, Jus, 1958, p. 157.

tía a no utilizar el recurso de huelga para no obstaculizar ese desarrollo. No obstante, los esfuerzos administrativos tendientes a mantener, aunque de manera precaria, la imagen de un Estado popular se diluyeron con rapidez. Es bien claro que durante —y a partir de— la segunda mitad de los años cuarenta, bajo el régimen del presidente Alemán, la meta única y prioritaria fue la del crecimiento económico acelerado.

Para ello se contó con una circunstancia en extremo favorable: el Estado estaba en gran medida consolidado. Se trataba de un Estado fuerte, al frente del cual se encontraba un Poder Ejecutivo sin fisuras y, sobre todo, por encima de cualquier interés de clase. El Estado, que encabezaba ese Ejecutivo, tenía claro que el dinamismo económico debía descansar en el sector privado, aunque esta tendencia era ya observable en los años veinte durante la administración callista. Dicho sea de paso, el Estado mexicano no jugó —ni ha jugado— el papel de remplazar al capital privado. Si un papel ha desempeñado ha sido el de complementarlo. Así, para garantizar el proyecto de industrialización, el Estado impulsó las medidas que sostuvieran el proceso sustitutivo de importaciones siendo el capital privado el pivote principal. Para ello, es central mencionar la creación de un sistema bancario estatal en el que destacan la Nacional Financiera y SOMEX cuya orientación primordial se dirigió al financiamiento de nuevas empresas privadas,¹⁶ sin descuidar por cierto las inversiones públi-

¹⁶ Aunque la Nacional Financiera se creó desde 1934, la industrialización del país se convierte en uno de sus objetivos prioritarios a partir de 1940. Véase, entre otros, los trabajos de Calvin Blair, "Nacional Financiera Entrepreneurship in a mixed economy", en Raymond Vernon (comp.), *Public policy and private enterprise in Mexico*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1964; Robert Aubey, *Nacional Financiera and Mexican industry*, Los Angeles, University of California, Latin

cas canalizadas a la creación de infraestructura entre las que destacan obras de irrigación, de ampliación del sistema de energía eléctrica y comunicaciones y petróleo.

Fue tan profunda la convicción de que el país tenía que industrializarse, por cualquier medio, que tendió a minimizar el alto costo social que el propio proyecto producía a nivel de la clase trabajadora tanto urbana como rural. Los salarios reales, como se anotaba, sufrieron mermas importantes las que junto con las presiones inflacionarias "toleradas" por el gobierno, contribuían a financiar una tasa acelerada de formación de capital, dando por resultado un desgaste importante de las condiciones de vida obrera.

El grupo que llega al poder en 1946 junto con el presidente Alemán, lleno de empresarios y universitarios (abogados y economistas) hacía énfasis en la necesidad de hacer cuantiosas inversiones en el sector industrial y en obras de infraestructura. En gran medida, se le asignaba al capital privado la responsabilidad del desarrollo. Invertir y crecer, no redistribuir, eran las metas básicas. Como consecuencia de lo anterior, el gasto público en materias de educación, salud, bienestar, etc., decreció de manera notable.¹⁷

Con base en lo anterior podría desprenderse una observación general que abarca los años cuarenta: que el proyecto capitalista empieza a consolidarse teniendo como base un impulso decidido a la indus-

American Center, 1966; Rosa O. Villa, *Nacional Financiera: Banco de Fomento de Desarrollo Económico de México*, México, Nacional Financiera, 1976.

¹⁷ La promoción de la expansión económica que experimenta el país durante el decenio de los años cuarenta fue restándole importancia al rubro presupuestal destinado al gasto social. En 1938 llegó a casi una quinta parte del presupuesto total en tanto que 11 años más tarde esa proporción disminuyó a 12%. Cf. Leopoldo Solís, *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*, México, Siglo XXI, 1970, p. 12.

trialización. Su promoción descansó en la definición de amplias facilidades otorgadas al capital y, también, a políticas que minimizaban la importancia de los mecanismos de redistribución. Si un éxito puede atribuírsele al “modelo capitalista” mexicano es en lo referente a utilidades. La historia reciente permite afirmar, sin dudas, esta modalidad tan distintiva y persistente cuyo origen se ubica en ese período. Una de las consecuencias de esta modalidad fue, sin duda, un retroceso del movimiento obrero tanto en lo económico como en lo político. En efecto, algunos de los logros económicos de los años treinta se diluyeron en la década siguiente. En lo político, el movimiento obrero sufrió reducciones importantes de su espacio político por lo que su proyecto de clase se vio seriamente disminuido.

III. ANTECEDENTES POLÍTICOS: LOS ÚLTIMOS INTENTOS DE MANTENER VIVA LA “REVOLUCIÓN”

Parecería ser que el dinámico proceso expansionista ocurrido durante la guerra guarda cierta relación con la consolidación del sistema político. Que dicho proceso sentó las bases para definir una política económica en la que los ahorros forzosos, la acumulación de capital y la acogida favorable al capital externo se convirtieron en las metas únicas y prioritarias.¹⁸ La resultante obvia de lo que podría llamarse la primera fase de la modernización significativa del país traída por la guerra no fue, como algunos hubieran supuesto, una redefinición del sistema político en la dirección de ampliar las bases democráticas y participativas dentro del Estado. Por el contrario, la po-

¹⁸ Frank R. Brandenburg. *The making of modern Mexico*, Englewood Cliffs, Prentice Hall-Inc., 1964, p. 103.

lítica económica tan favorable al capital privado tuvo como soporte básico un sistema permeado por un autoritarismo creciente.

En otras palabras, la democracia, como forma de gobierno relativamente tolerante a la participación, no tenía cabida en un sistema cuya aspiración era, desde un punto de vista político, el control amplio y efectivo de los sectores populares y, desde un punto de vista económico, el crecimiento rápido y sostenido. Junto con la expansión económica de la primera mitad de los años cuarenta se da también un proceso de desactivación política y de aquellos sectores que pudieran “competir” con el sistema.

La “izquierda oficial” y el movimiento obrero, en cuya vanguardia todavía se encontraba aquella —específicamente en el marco de la CTM—, empezó a perder mucho del terreno político que había logrado a finales de los años treinta. Lombardo Toledano, uno de los líderes indiscutidos de la época, renuncia en 1941 a la Secretaría General de la CTM aunque después de ello, seguiría todavía jugando un papel central dentro de esa organización durante los años siguientes.

Su renuncia, antes de que finalizara su gestión al frente de esa central obrera, indica un claro desplazamiento de Lombardo —y de la corriente por él representada— hacia tareas menos relacionadas con las decisiones del partido oficial.¹⁹ El sector obrero del partido empezó también a perder importancia política dentro de éste, al contraponerse un sector promovido y apoyado abiertamente por el gobierno: la Confederación Nacional de Organizaciones Populares, constituida en febrero de 1943. La creación de este organismo —como integrante sectorial del partido—

¹⁹ Víctor Manuel Durand, *La ruptura de la nación (Historia del Movimiento Obrero Mexicano de 1938 a 1952)*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, 1980, p. 100 (versión preliminar).